

BIBLIOTECA NACIONAL

COPIA, IMPRESA, UN POCO

En esta biblioteca se encuentran las obras de los autores más importantes de la literatura universal, en todas las lenguas y en todas las épocas.

PASTA Y JARABE DE BERTHE CON CODEINA

Remedio para la tos y el resaca.

En todas las farmacias.

RACHAOUT DE LOS ARABES

En todas las farmacias.

CORSÉ ORIENTAL

En todas las farmacias.

TRAMVIA DE LA UNION

En todas las farmacias.

JARABE Y GRAGEAS DE DESPINOX

En todas las farmacias.

Molino Americano

En todas las farmacias.

GRAN NOVEDAD

En todas las farmacias.

VICHY

En todas las farmacias.

TERRENOS DE LABRANZA

En todas las farmacias.

BANCO ALMAN-BELGA

En todas las farmacias.

COÑAC J. Y F. MARTELL

En todas las farmacias.

BANCO DE LONDRES

En todas las farmacias.

BANCO MERCANTIL

En todas las farmacias.

BANCO HERRERA, EASTMAN Y C.

En todas las farmacias.

Banco Navia y C.

En todas las farmacias.

Jh. Blin & C.

En todas las farmacias.

Lecciones particulares

En todas las farmacias.

PLATERIA Joyeria y Relojeria

En todas las farmacias.

Gajonera fúnebre

En todas las farmacias.

VINO LEGITIMO DE UVA

En todas las farmacias.

La Republica Oriental

En todas las farmacias.

RECONSTITUYENTES

En todas las farmacias.

COMPANIA NACIONAL

En todas las farmacias.

PRECIOS MODICOS

En todas las farmacias.

PAPEL RIGOLLOT

En todas las farmacias.

LA FLOR DE CUBA

En todas las farmacias.

ROCAMBOLE

En todas las farmacias.

POISON DU TERRAIL

En todas las farmacias.

RECONSTITUYENTES

En todas las farmacias.

COMPANIA NACIONAL

En todas las farmacias.

PRECIOS MODICOS

En todas las farmacias.

PAPEL RIGOLLOT

En todas las farmacias.

LA FLOR DE CUBA

En todas las farmacias.

ASTHME

En todas las farmacias.

AL COMERCIO

En todas las farmacias.

GRAGEAS CURBANA

En todas las farmacias.

AL COMERCIO

En todas las farmacias.

AL COMERCIO

En todas las farmacias.

AL COMERCIO

En todas las farmacias.

AL COMERCIO

En todas las farmacias.

AL COMERCIO

En todas las farmacias.

AL COMERCIO

En todas las farmacias.

AL COMERCIO

En todas las farmacias.

AL COMERCIO

En todas las farmacias.

Hay en Londres un sistema de espejos reflectores, que es en extremo curioso.

La City, que es el barrio comercial por excelencia, está abundantemente provisto de ellos.

Estos espejos, colocados en la parte exterior de las casas, al nivel del suelo, están dispuestos de modo, que el propietario que vela toda la noche en cada calle ve desde afuera el interior de los almohocados y el interior de la casa, lo que hace imposible toda tentativa de robo.

Marmouset y Rocambolo, al hallarse juntos y encerrados en la misma prisión, habían tenido una idea idéntica, y aun más complicada, como ya he visto.

Un invento, o más bien un inventador, Mr. Hudson, ha puesto de moda en América, un sistema de acústica, que consiste en una red de espejos reflectores. Una sucesión de tubos dispuestos de cierta manera y habilitados para reflejar el sonido, o el ruido de una sala, hacen que la voz recorra divini y sonora, una gran distancia sin que la oiga el que habla.

Rocambolo y Marmouset no se habían hablado a la vez, pero se habían comprendido perfectamente.

Se habían acordado de ir a ver a un hombre de quien se creía seguro, y que por consiguiente estaba encargado de espías.

Pero, ¿se había acordado con esto? Tal era la cuestión, y lo que por prudencia debía ponerse en duda.

Aquella célula, o mejor dicho, aquella sala espaciosa y ventilada, a la que habían trasladado al Hombre gris a última hora, no estaba acaso provista de un reflector exterior o de un aparato acústico perfectamente disimulado?

El mismo Barnett se engañó al observar este asunto, y esto a tal punto, que se decidió a dirigir la palabra al Hombre gris en dialecto irlandés, para aclarar aquella situación extraña.

— ¿Es que se han engañado? preguntó.

— Si, respondió el Hombre gris.

— No es el amigo que esperaba.

— He ningún modo.

— Entonces, ¿no lo conocéis?

— En mi vida lo he visto.

Marmouset, por su parte, permanecía frío e indiferente y parecía no comprender una palabra de la conversación.

Este momento duró cerca de una hora.

En un momento dijo a Marmouset:

— Diríjase, gentleman, que no es divertido mucho en nuestra compañía.

— ¿Qué queréis, amigo? repuso Marmouset, nadie se divierte mucho en una cárcel.

— Eso es bien cierto, gentleman.

— Y sobre todo cuando uno no ha cometido ningún delito, y es víctima de un error.

— Pero, ¿no sois ese Rocambolo de quien tanto se ha hablado?

Marmouset se sonrió amargamente.

— Esta mañana he sido prisionero por la primera vez en mi vida, dijo.

— Por qué, con quien habéis simpatizado Marmouset a primera vista, le dio entero crédito, quedando completamente convencido de que el y el Hombre gris, no se conocían ni se habían visto jamás.

— Entonces, prosiguió Barnett, ¿cómo se hace que os habéis aquí?

— Por razones que no comprendo, y de la manera más extraordinaria.

— ¿Ahí?

— Yo soy francés, como habéis conocido desde luego por mi acento.

— Eso no quita: Rocambolo es precisamente un nombre francés.

— En hora buena, pero yo soy un gentleman de París y tengo de común con Rocambolo tanto como vos.

Yo soy rico, perteneciendo a la *high life*, soy socio del *Jacky-Club*, y lo conozco todo el mundo.

— Si, ya se ve en efecto, dijo Barnett, cándidamente, que sois una persona de distinción, y no un pobre diablo como yo.

Marmouset prosiguió:

— He venido a Londres para distraerme.

— ¿Nada más?

— Oh! nada más... yo no me ocupo nunca de negocios. He venido pues a pasar unos días, y me he alojado en el Strand, hotel de las Tres Coronas, al lado de la estación de Charing Cross.

— Conozco esa casa, dijo Barnett.

— Después de un día y una noche de viaje, prosiguió Marmouset, estaba tranquilamente acostado, cuando abríeron bruscamente la puerta de mi cuarto y penetraron en él cinco o seis agentes de policía. Estos individuos, cuya educación está por hacer en Inglaterra, me obligaron bruscamente a vestirme, y a salir de la casa, y me llevaron a la prisión, lo que me ha pasado por la primera vez, y me han preso y conducido aquí.

— Pero, ¿qué tristes papales que acreditasen vuestra identidad?

— Ya lo creo! una porción de cartas de personas de distinción, dirigidas a mi nombre; pero no heas que sido veras.

Barnett estaba enteramente convencido de que Marmouset decía la verdad.

— ¿Y, ¿qué conocéis a nadie en Londres? le preguntó.

— Algunas personas solamente.

— En fin, ¿podéis hacerlos reclamar?

— Eso es precisamente lo que voy a hacer, respondió Marmouset. Soy amigo íntimo del primer secretario de la embajada francesa, y estoy bien seguro de salir de aquí.

— Hoy mismo si queréis, dijo Barnett.

— No; hoy no.

— ¿Por qué?

— Porque ayer, a mi llegada, envié a mi ayuda de cámara a buscar a los señores de la embajada, y a anunciarle mi próxima visita.

— ¿Y bien?

— Mi ayuda de cámara ha debido llegar esta mañana a Liverpool.

— Pero...

— Probablemente saldrá de allí esta noche, y estará de vuelta en Londres mañana por la mañana. Al llegar al hotel, lo informarán naturalmente de lo sucedido, y como hace mucho tiempo que me sirve y está al corriente de todas mis relaciones, lo primero que hará será ir a la embajada.

Y Marmouset terminó sonriendo y dirigiendo una mirada al Hombre gris.

— Ya veis que puedo estar completamente tranquilo... porque al fin, una mala noche pronto se pasa.

— Eso es verdad.

Durante esta conversación, el Hombre gris, recostado a medias sobre su lecho, recorría tranquilamente los periódicos; pero al mismo tiempo no perdía una palabra de lo que decía Marmouset, quien había sabido comunicarle, en su charla con el irlandés, lo que por el momento le era más importante.

En efecto, todo lo que había dicho Marmouset a Barnett, podía traducirse para Rocambolo del modo siguiente:

— Me he arreglado de modo que permaneceré aquí unas cuarenta y ocho horas. Tenemos pues tiempo suficiente para hacernos el medio de ponernos de acuerdo.

Al mediodía trajeron la comida a los presos.

El Hombre gris dejó entonces su lectura y se levantó sin abandonar su aire frío e indiferente.

Los dos carceleros ordinarios venían precedidos esta vez de otro individuo, que era el sotaalcalde o carcelero mayor; hombre que pasaba, con razón, por muy hábil, observador y astuto, justificando la expresión proverbial, según decían en Newgate, de que creía crecer la yerba.

Grave y silencioso, asistió a la comida de los presos, y no pudo sorprender una mirada ni un gesto que pudiese indicar la menor complicitad entre Rocambolo y Marmouset.

Cuando se disponía ya para retirarse, el Hombre gris le detuvo diciéndole:

— Permitted, master Dixon, tengo que pedirnos un favor. Me habéis ya dado tales pruebas de cortesía... Master Dixon se inclinó.

— Que supongo no me negaréis un pequeño servicio.

— Si los reglamentos no se oponen, podréis contar con ello, respondió el carcelero mayor.

— He indicado al gobernador que desee nos den una haraja.

— ¿Por qué?

— Porque ayer, a mi llegada, envié a mi ayuda de cámara a buscar a los señores de la embajada, y a anunciarle mi próxima visita.

— ¿Y bien?

— Mi ayuda de cámara ha debido llegar esta mañana a Liverpool.

— Pero...

— Probablemente saldrá de allí esta noche, y estará de vuelta en Londres mañana por la mañana. Al llegar al hotel, lo informarán naturalmente de lo sucedido, y como hace mucho tiempo que me sirve y está al corriente de todas mis relaciones, lo primero que hará será ir a la embajada.

Y Marmouset terminó sonriendo y dirigiendo una mirada al Hombre gris.

XX

Marmouset y Rocambolo, al cambiar entre sí estas sencillas palabras, habían hecho naturalmente y casi sin mirarse.

Pero se habían comprendido muy bien.

El whist iba a ser el pretexto que ambos buscaban para hablar sin recelo y a sus anchas.

Una media hora después, el carcelero mayor, master Dixon, se presentó de nuevo.

Tras las harajas pedidas, y las ofreció lo más gracioso que le fue posible.

— Sir Roberto Mitchell le había dicho:

— Es necesario no negarles nada, y tratar de saber positivamente a que ataquemos. ¿Se conocen, si a no?

— Esa es la cuestión, había respondido master Dixon.

A la cual había añadido el gobernador:

— Haced venir a Barnett.

— Si, Vuestro Honor.

En su consecuencia master Dixon vino al calabozo, puso las harajas sobre la mesa y dijo:

— Gentlemen, aquí tenéis las cartas para el juego de whist; pero, ¿cómo jugaréis?

— Entre los tres que somos, dijo Marmouset.

— Es que por el momento no sé más que dos.

— ¿Cómo pues?

— Barnett, dijo master Dixon, su señoría el gobernador ha otorgado permiso a vuestro hermano para que os visite; podréis jugar, pues os espera en el registro.

Barnett se levantó apresuradamente la mayor alegría, y fue tan prudente como Marmouset y Rocambolo.

El pobre agente de policía, que no tenía tal hermano, comprendió en seguida que el Gobernador quería hablarle, y se puso a aquella comedia del juego más natural que le fue posible.

Siempre pues alegremente al carcelero mayor.

Sir Roberto Mitchell aguardaba al fugido espía en su gabinete, pero no estaba solo.

Otra persona, que Barnett veía por primera vez, se hallaba en su compañía.

Esta persona era el reverendo Patterson.

— ¿Y bien? preguntó sir Roberto Mitchell a Barnett, ¿tenéis algo de nuevo que decirnos?

— Por hoy, no.

— Sin embargo, el Hombre gris y Rocambolo se hallan reunidos.

— Si, dijo Barnett, pero...

— ¿Pero qué?

— Creo que la policía se ha engañado.

— ¿Que decís? preguntó el reverendo.

— Rocambolo no es Rocambolo.

— ¿Eh? dijo el gobernador.

Barnett contó detalladamente todo cuanto el nuevo preso le había dicho.

Pero el reverendo Patterson se encogió de hombros.

— Todo eso es comedia, dijo.

— Sin embargo, repuso Barnett, si Vuestro Honor no lo crea a mal, lo diré que hay un medio muy sencillo de saber la verdad.

— ¿Cuál es ese medio?

— Dirigirse a la embajada de Francia.

— En efecto, dijo sir Roberto Mitchell.

— Si, pero ¿cómo se va a un verdadero nombre? preguntó el reverendo a Barnett.

— No, Vuestro Honor.

— Sería necesario saberlo.

— Oh! dijo Barnett, hacedme volver al calabozo y lo sabré antes de una hora.

— Querido, dijo el reverendo dirigiéndose al gobernador, no olvidéis que los dos de ustedes más hábiles de Londres, sir James Wood y Edward, nos aseguran que ese hombre es Rocambolo.

— Sin duda, dijo sir Roberto Mitchell.

— ¿Y que si damos un paso impremeditado, dirigidos a la embajada, podemos tener un disgusto?

— No diré que no.

El reverendo añadió dirigiéndose a Barnett:

— ¿No os ha dicho que su ayuda de cámara ha ido a Liverpool?

— Si.

— ¿Y que volverá mañana?

— Si, Vuestro Honor.

— Pues bien, esperemos a mañana. De aquí a allí, si es verdaderamente el jefe finis Rocambolo, se verá descubriendo el mismo, y, en todo caso, no podrá sostener por mucho tiempo la comedia que ha urdido.

Barnett aguardaba un aire tan incómodo, en toda esta discusión, que sir Roberto Mitchell hubiera jurado sobre la cuerda de su amigo Calcuta, al verdugo de

Londres, que el agente se había consagrado lealmente a su servicio y le era adicto en cuerpo y alma.

A pesar de todo, el reverendo movió la cabeza con aire de descontento y añadió:

— También es muy posible, querido, que esos hombres se reúnen de Barnett.

— Oh! un loco, dijo el irlandés.

— Debéis haber hecho colocar un aparato Hudson en la celda donde los habéis encerrado.

— Tenéis razón, dijo sir Roberto Mitchell, no habéis pensado en ello.

— Tanto más, añadió Barnett, cuanto que ya no sé bastante bien el francés para comprender con toda facilidad...

— ¿Tenéis razón, dijo el reverendo, y Barnett fue conducido de nuevo a la prisión.

A su llegada, el Hombre gris se entretenía con los naipes, jugando a solitario, y Marmouset había tomado a su vez un periódico, y la cara roja de la ventana.

— ¿Y bien, dijo este último a Barnett, ¿habéis visto a vuestro hermano?

— Si, señor, y estoy muy contento.

En seguida Barnett dirigió la palabra al Hombre gris, empleando el dialecto irlandés, que todavía no ha logrado comprender el pueblo de Londres.

— ¿Ahí si viváis como está el gobernador? dijo: ya no se me da con tanta frecuencia.

— ¿Y qué decís al amable sir Roberto?

— Estaba con el otro gentleman, ya veis, alto y pálido, y que parece un eclesiástico.

— Bien dijo el Hombre gris, es el reverendo Patterson.

— Me han hecho mil preguntas... y sobre todo parecían pesados de no haber pasado en colocar aquí un aparato Hudson.

— ¿Un aparato Hudson?

— Si, eso es Hudson es la palabra que han empleado.

Al oír esto, Rocambolo pareció respirar con más libertad, y Marmouset hizo un ligero movimiento.

— ¿Y no han hablado de reflector?

— No, señor.

— ¿Y quiero saber mi verdadero nombre?

— Esta pregunta produjo instantáneamente, lo que se le llamaba: un efecto de teatro.

Marmouset hablaba de repente el dialecto irlandés. Barnett dijo escapar un grito de sorpresa, y se quedó mirando al joven con aire de estupefacción.

Rocambolo miró a Barnett a su vez y salió una carcajada.

— ¡Imbecil! dijo.

— ¿Por qué? preguntó Barnett.

— Porque ya veis en efecto el que llaman Rocambolo, dijo finalmente Marmouset.

— ¡Vos!

— ¡Pardiez!

— Entonces, todo lo que me habéis dicho...

— Teníamos miedo del aparato Hudson.

— Pero, ¿qué es eso? preguntó de nuevo Barnett.

— Una combinación de tubos de goma elástica colocados en el techo o las paredes de una habitación, que transmiten de tal modo los sonidos al exterior, que se oye fuera o en un cuarto contiguo, todo lo que se dice en ella.

— ¡Ahí ya comprendo, dijo Barnett.

— ¿Y estáis seguro, prosiguió Marmouset, de que nadie sabe en Newgate el dialecto irlandés?

— ¡Oh! absolutamente nadie.

— ¿Y si comprendes bien el francés?

— Casi, casi.

— Pues bien, vamos a ver si entendéis lo que decimos.

Y Rocambolo añadió, dirigiéndose a Marmouset:

— ¡Havastavast havastavast! esto, avastavast, ave havastavast, dare avastavast, have avastavast, ne ave!

— Pero ¿qué diablo de lengua es esa? preguntó Barnett estupefacto; eso no es francés.

— No, es el javanés, y aun cuando los ingleses en dueños de la India, los desafío a que comprendan la palabra.

— ¿Dónde se habla pues ese idioma?

— En la *Maison de Or* de París todas las noches, en Newgate en este momento, respondió Rocambolo.

Y añadió volviéndose a Marmouset:

— ¡Ahora, hijo mío, podemos hablar tranquilamente, que queréis decir testualmente?

— ¿C'est en mon oris (es de esta orilla)?

El javanés en cuestión no es un idioma, al menos un dialecto, ni siquiera una jerga o gergano de relleno.

Es para y simplemente el francés, pero un francés en el que cada sílaba se precede o se sigue inmediatamente de estas otras sílabas: ave, ova o ori.

De tal modo que para decir: *je suis la vie de Calcuta*, se pronuncia: *je ave suis la ave de Calcuta*.

¡Que tal para decir: *je suis la vie de Calcuta*!

Que es como dijéramos en castellano: *yo he vida de Calcuta*, y pronunciáramos: *yo ave he vida de Calcuta*.

Por lo tanto, si sir Roberto Mitchell y el reverendo Patterson hubieran escuchado a la puerta del calabozo, no habrían comprendido una sola palabra de esta conversación, que Rocambolo y Marmouset hablaban en javanés.